

Editorial

Los médicos y la televisión

La escandalosa difusión por algunos medios informativos de errores médicos obedece a oscuras motivaciones. Es innegable que existen casos desgraciados producidos por la negligencia o mercantilismo de malos profesionales de la Medicina. Pero, la mayoría de las veces, se magnifican, intencionadamente, dolencias agravadas tras un diagnóstico equivocado o un tratamiento ineficaz.

Errores médicos los hubo siempre. Año tras año, abundantemente, por ignorarse, en absoluto, la etiología microbiana de las enfermedades infecciosas. Hoy, porque todavía la Medicina continúa siendo un Arte, el Arte de Curar, y no una Ciencia.

Pese a sus maravillosas conquistas sigue sin conocer la causa de procesos como el cáncer, y no sabe curar a los enfermos de SIDA. Muchas, escondidas predisposiciones genéticas, están aún por descubrir. Se escapan, también, de nuestros cuidados sanadores padecimientos originados por la acción de los virus. El organismo humano, en fin, en su urdimbre más íntima, en su fisiologismo más hondo, es, todavía, un arcano, que varía de un individuo a otro. Cuyas reacciones biológicas y psíquicas ante una acción médica o quirúrgica son imprevistas. Tomarse una vulgar tableta de aspirina puede acarrear, en determinados pacientes, un edema agudo de glotis que obligue a realizar una traqueotomía; o una profusa hemorragia gástrica tributaria de una intervención quirúrgica. La administración de una inyección de vitamina B o de unas unidades de penicilina desencadena, a veces, temibles complicaciones, incluso letales. Y, sin embargo, son fármacos altamente beneficiosos para la inmensa mayoría de los humanos. Las trampas de la Cirugía, a su vez, son infinitas. Recorde-

mos que la reina Federica de Grecia dejó este mundo por una frívola operación de cirugía estética.

Antiguamente estos riesgos iatrogénicos, producidos directamente por la acción presuntamente curativa de los médicos, eran mucho más frecuentes y no respetaban, tampoco, clase social alguna. Varias señoras de la realeza, espiguemos un ejemplo, fallecieron víctimas de las calenturas que sobrevinían después del parto. La reina María de Portugal, esposa de Felipe II, sucumbió a poco de parir a consecuencia de las fiebres puerperales. Las sabihondas cortesanas atribuyeron el fallecimiento a que había ingerido, horas antes, un limón. Fruto peligrosísimo, pensaban, para las parturientas. La superstición y la ignorancia andaban estrechamente unidas. Otras soberanas murieron, asimismo, de fiebres puerperales... y de las sangrías que les prodigaron, para intentar curarlas, nuestros compañeros, los dogmáticos médicos de la Corte. Tuvieron que pasar muchos años para que Semmelweis pusiera higiénico remedio a la enorme mortandad de las mujeres que acababan de dar a luz.

De errores médicos colectivos tenemos evidente constancia. En la postrera gran epidemia que padeció la Humanidad de cólera morbo asiático, los galenos mallorquines creyeron que el azote *no era contagioso*. Fue allá por el año 1865. Como tampoco admitían que pudiera serlo la infantil difteria, ni la romántica tuberculosis, enfermedad esta última que, afirmaban, "distingue y mata". Pero los allegados de estos enfermos, malparados o muertos, jamás soñaron con recurrir a la Justicia en demanda de posibles indemnizaciones. En la pasada centuria, por saberse lo limitado del acervo científico de los médicos, se respetaba a és-

tos, se les temía. En la actualidad la Medicina ha conseguido progresos técnicos espectaculares. Mas, la actitud del médico frente a sus pacientes, por falta de tiempo, exceso de burocracia, carencia de estímulos, debemos reconocerlo, es, en demasiadas ocasiones, distante, poco afectuosa. Cuando la comunicación médico-paciente es fluida, cordial, por erróneo que haya sido el diagnóstico, equivocado el tratamiento, no suele producirse protesta alguna. Por el contrario, si la relación fue displicente, obligada, con un facultativo no elegido, es fácil surja la denuncia, aventada pronto por leguleyos ansiosos de ganancias y gacetilleros con desmesurados afanes sensacionalistas. Los médicos tememos vernos sentados en el banquillo. Experimentamos el lógico *síndrome del paraguas*. Nos refugiamos en la práctica de una *Medicina Defensiva*. Tímida. Ordenamos innecesarios y costosos análisis, excesivas exploraciones diagnósticas. Rehuimos ejercer especialidades de alto riesgo; la anestesia, la neurocirugía. Habría que poder realizar una Medicina

menos socializada y estatal. Más sosegada. Una Cirugía sin el agobio de las interminables listas de espera. Procuremos retornar a los viejos hábitos, cuando el médico disponía del debido tiempo de sentarse en una silla a la cabecera del enfermo. Y sabía escuchar, caritativamente, sus cuitas; y sus silencios. Y brotaba entre ellos una beneficiosa transferencia afectiva.

Ciertos medios de comunicación televisivos, por ética, deberían dejar de emitir programas-basura, *reality shows*, contra los médicos, protagonizados por presentadores carroñeros, azuzados por abogados ávidos de lucro, políticos en busca de votos, sociólogos pedantescos.

La difícil, hermosa profesión de médico no se merece ser vilipendiada sistemática, rencorosamente. Porque logra, en muchísimos casos, resultados curativos casi milagrosos. Lo testifica un programa de la televisión privada, de signo bien contrario a los reseñados, dirigido por un médico mallorquín, el doctor Bartolomé Beltrán, y que se titula *En buenas manos*.